

la internacional entrerriana

agustín alzari

Publicación, Administración y
Redacción en
BOULEVARD Y ARRIENDEU

EL DIA

ESTABLECIMIENTO
GRÁFICO

BOULEVARD Y ARRIENDEU

EL "COMUNISMO" EN E.RIOS

El caso de Gualaguay

El caso de Gualaguay, en el departamento de Maldonado, es el más reciente de una serie de hechos que demuestran el avance del comunismo en el Uruguay. En este caso, se trata de un grupo de personas que se han organizado en un partido comunista, con el fin de llevar a cabo una revolución social. Este grupo ha sido descubierto por las autoridades, lo que ha dado lugar a una serie de arrestos y procedimientos judiciales. El caso de Gualaguay es un ejemplo claro de la infiltración del comunismo en la sociedad uruguaya, lo que ha generado preocupación entre la población y las autoridades.

Eiza ha declarado sobre política exterior

Hay puntos oscuros en las declaraciones de Gancedo

Hay puntos oscuros en las declaraciones de Gancedo

2012. LA DINÁMICA DE LAS SEÑORAS

Viajé a Gualeguay bajo el amparo de una máxima: el secreto está en los materiales.

Treinta o cuarenta kilómetros antes de llegar, yendo por la ruta once desde Victoria, se observan las colinas cubiertas por los verdeos de invierno. Hacia el este, un tractor siembra trigo sobre la tierra labrada. Otro, sin cabina, se desprende de la loma y baja por la ruta. El chirrido agudo de la marcha en alta se mezcla con el griterío de unos muchachos que viajan en el acoplado. Una fumigadora mosquito espera delante de una tranquera con sus larguísimas alas plegadas.

A medida que Gualeguay se acerca, declina la certeza —que puede ser solo mía— de que el pueblo se halla entre colinas. Una seguidilla de acopios,

locales de venta de agroquímicos, de maquinaria, de forrajes, de semillas, de combustible, hasta un aeródromo exclusivo para fumigaciones aéreas, dan paso al casco urbano. El trayecto hacia el centro transcurre en una imperturbable horizontalidad que las casitas antiguas, o las moderadamente modernas con las que estas se mezclan, sumadas a los negocios del rubro rural, no hacen más que acentuar.

Los materiales que buscaba se conservaban, en buena medida, dentro del propio edificio de la biblioteca Fomento, obra distintiva y ya centenaria del arquitecto suizo alemán Lorenzo Siegerist, a metros de la esquina de 25 de Mayo y Urquiza. La sala de lectura de la planta alta, con sus anaqueles repletos de libros del piso al techo, el corredor con balaustres de madera que la bordea a unos tres metros de altura, y la diminuta escalera caracol disimulada en una de las esquinas, se mantiene intacta y bien cuidada.

La hemeroteca está en la planta baja. Es una habitación luminosa. Un amplio vitreaux la separa, hacia el oeste, del patio interno. Tiene dos estanterías



altas, una a cada lado, atiborradas de cajas con diarios y, contra un rincón, un escritorio revestido con un paño verde similar al que se usa en los casinos. Entré por primera vez el segundo lunes de junio de 2012. Aquel día, y todos los que siguieron, trabajé solo. Debía agenciarme yo mismo las cajas con los periódicos, y anotar lo que había visto en una planilla.

Antes de llegar a Gualeguay, tenía una idea vaga de cómo habían ocurrido las cosas. Sabía que Juan L. Ortiz y Carlos Mastronardi habían compartido la gestión de la biblioteca Fomento en algún pasaje de la década de 1930. Sabía, también, y por eso estaba ahí, que la cosa había causado revuelo en el pueblo.

Esas polémicas que permitían entrever los testimonios que había leído —las memorias de Mastronardi, cartas sueltas de él, de Ortiz y de Emma Barrandeguy— eran mi gema. Pero deslucían en la penumbra de una horrorosa falta de datos. Iba a tener que trabajar.

Decidí empezar por el año 1932. No tenía indicios de sucesos anteriores a esa fecha. Trepé a una silla y tomé, al azar, una caja que contenía la tirada del diario

Justicia. La acomodé en una esquina del escritorio y comencé. La modalidad era simple: rastrillaje hoja por hoja, día por día, mes por mes, a la caza de cualquier tipo de noticias.

Y tuve suerte. Pronto di con las firmas de Juan L. Ortiz y Emma Barrandeguy al pie de una sección titulada “El rincón de Claridad”. En el universo de esos papeles amarillentos corría el mes de marzo de 1932. Era una sección fija, de aparición semanal. En cada caso me detenía, tomaba una o dos fotografías, las chequeaba para comprobar que estuvieran en foco y anotaba en mi cuaderno las palabras claves que surgían de una lectura al vuelo. También consignaba la fecha. Octubre me dio la segunda sorpresa de la tarde: la aparición de un personaje completamente desconocido y fundamental, el padre Quinodoz, párroco de Gualeguay. Por la defensa que hacían desde el “El rincón de Claridad”, dentro del diario *Justicia*, los ataques del padre a las acciones de Ortiz y Barrandeguy debían ser furibundos. Ostentaba, incluso, un medio propio desde donde disparar sus dardos, un semanario llamado *El eco parroquial*.

Cerca de las ocho —el horario de cierre— me quité el barbijo y los guantes requeridos para la consulta y trepé a la silla para devolver la caja del año a su lugar.

Regresé caminando al hotel donde paraba. Los frentes de las casas del casco antiguo de Gualeguay remitían mansamente la luz de los faroles. El plan para la mañana siguiente era simple, pero requería un nuevo golpe de suerte: bucearía hasta dar con *El eco parroquial*, el semanario donde escribía el padre Quinodoz. La Fomento, donde había pasado la tarde investigando, era la única hemeroteca propiamente dicha de Gualeguay, y no lo tenían. Si estaba en algún lado debía ser en los propios archivos de la parroquia



San Antonio, el templo principal del pueblo. No tenía ninguna certeza. Primero, no sabía si existía ese archivo. Segundo, si conservarían, en caso de existir, *El eco parroquial*, ni en qué estado. Y por último, si dejarían, así como así, que un investigador, sobre todo uno de afuera, los anduviese revisando.

Pese a todo, a las ocho y media de la mañana estaba en la puerta de la parroquia. Pregunté a unos albañiles que trabajaban en el interior del templo dónde podía encontrar al padre.

—Fíjate acá al lado —dijo uno cabeceando hacia su derecha. Al lado era la Secretaría.

Una de las hojas de la puerta de madera estaba abierta. La golpeé para anunciarme y al pasar me encontré con una joven de lentes sentada detrás de un escritorio. Me preguntó qué necesitaba y yo me enredé un poco al responder. Hablé de los “años treinta”, mencioné una “investigación de tipo literaria” y un “posible archivo eclesiástico”. Ella me miraba y asentía.

—En realidad, busco *El eco parroquial* de 1932 —agregué.



—Eso seguro que está —dijo. Para verlo, tendría que aguardar a que el padre concluyese la reunión que lo mantenía ocupado y pedirle autorización a él.

El espacio de la Secretaría era amplio. Un par de ventanales daban a la plaza. La joven tenía su escritorio contra la pared opuesta. Tomé asiento en una de tantas sillas que había contra las paredes. Era evidente que en aquel lugar se esperaba. Enfrente de mí, una ancha vitrina con almanaques, biblias, libros de catequesis, rosarios de distintos colores, afiches, estampitas y otros objetos de culto, daba cuenta de que, además, se comerciaba.

Al rato resonaron unos tacos en el pasillo. Apareció una señora, saludó con aire de apuro y dijo tener cita con el padre a las nueve. La secretaria le respondió que estaba reunido, pero que siendo casi las nueve que no debía tardar en salir.

La señora hizo un gesto de disgusto. Ínfimo, diríase, pero notorio, y deslizó que tenía médico a las diez menos cuarto. Después retrocedió y ocupó otra de las sillas. Ya éramos dos esperando.